

co, que era miembro de la llamada regencia, se separó en el acto de ella, y poco despues fué despedido por el general Bazaine: el llamado supremo tribunal del imperio, criatura también de los franceses, protestó contra aquellas medidas, y sufrió la misma suerte del arzobispo; y todos los arzobispos y obispos de la república firmaron una protesta en que declaran que la condicion de la Iglesia es ahora mucho peor de lo que era bajo el dominio del gobierno liberal: que ahora no se les permite publicar ni aun sus pastorales á los fieles; y concluye por excomulgar al gobierno frances, al ejército frances en México, á todos los mexicanos que hayan tomado parte con los franceses, y á todos los que de algun modo los sostengan. Tales sucesos han dejado á la intervencion francesa sin el auxilio de la única aunque pequeña parte de la poblacion de México que estaba en su favor y ha combinado contra ella á todos los enemigos del país.

“Temo haber abusado de la bondad con que me habeis escuchado, y me parece ya tiempo de acabar. Pero al concluir os suplico me permitais expresar mi deseo ardiente y sincero de que esta demostracion sea el principio de una nueva era de perpetua paz y cordialidad en las relaciones entre México y los Estados- Unidos.”

Terminada la alocucion del Sr. Romero, que fué tambien muy frecuentemente interrumpida por entusiastas y prolongados aplausos, propuso Mr. Beekman el tercer brándis regular ó de programa, en los términos siguientes:

“Señores:

“No ha faltado quien crea que en México no hay hombres de Estado. Eso no puede ocurrir sino á los que no conozcan la historia de aquel país. Así en la época de su

conquista como en la de su independencia, y en la mas reciente de su regeneracion, México ha tenido héroes distinguidos y verdaderos estadistas: Guatimotzin, Hidalgo y Morelos, Ocampo, Lerdo y Degollado son nombres venerados en aquel país. Os propongo, pues, señores, que brindemos por los hombres de Estado de los Estados- Unidos y de México, y suplico á nuestro distinguido amigo el ilustre historiador de nuestro país, que nos haga el favor de contestar á este brándis.”

No hemos pedido conseguir apuntes auténticos del discurso que pronunció Mr. Bancroft, como los hemos obtenido de los tres precedentes, y aunque por este motivo inevitablemente habrémos de hacer alguna alteracion en las palabras estamos seguros de consignar fielmente las ideas. Mr. Bancroft se expresó sustancialmente en estos términos:

“Señores:

“Aunque no estoy preparado para hacer un discurso digno de este auditorio, no puedo dejar de expresar mis sentimientos cuando he sido llamado á contestar el brándis que nuestro presidente acaba de proponer por los hombres de Estado de las dos repúblicas vecinas y hermanas. La lucha que por espacio de largos años ha sostenido el pueblo mexicano contra sus tiranos interiores, ha sido una lucha heroica, digna de un pueblo culto, y en la que las simpatías de todo el mundo civilizado, de todos los amigos de la libertad política y religiosa, debian haberse manifestado de una manera franca y decidida de parte del pueblo mexicano dirigido por el partido liberal. Creo, señores, que la causa de las guerras civiles, no solo en México, sino en toda la América

española, ha sido exclusivamente el clero, que cuando llega á adquirir influencia en el Estado, trata siempre de sobreponeerse al gobierno y de subordinar los intereses temporales de la sociedad á los suyos propios. Este atributo parece serlo principalmente del clero católico.

“La lucha, pues, en que hasta aquí se habian visto empeñados los patriotas mexicanos, era una lucha santa, y en ella estaba de su parte la simpatía de todo el pueblo de los Estados-Unidos que, cualesquiera que sean sus creencias religiosas, adopta como un principio fundamental la libertad religiosa mas completa y la absoluta independencia de la Iglesia y del Estado. Pero ahora se aumenta la simpatía de los Estados-Unidos por el pueblo mexicano, cuando á los motivos expresados se agrega la circunstancia de luchar ese pueblo por su independencia y nacionalidad contra una nacion europea que, aprovechándose de la contienda civil en que actualmente estamos empeñados, ha querido venir á establecer á nuestra vista una forma de gobierno en abierto antagonismo con la nuestra. No podemos ménos de recibir este proyecto de la propia manera que la Europa recibiria el que fuéramos á fomentar revoluciones y establecer repúblicas en aquel continente.

“Así es que los estadistas que en los Estados-Unidos nos ayuden á salir de nuestras presentes dificultades, y nos restituyan nuestra fuerza é influencia legítima, y los que en México no solo consumen la grande obra de establecer bajo bases sólidas la libertad religiosa, sino que consigan arrojar de su patria al invasor extranjero, ó á lo ménos mantener encendido el fuego sagrado del patriotismo y de la resistencia al conquistador, miéntras nosotros nos desembarazamos de nuestras complicaciones, merecen en el mas alto grado nuestros sinceros y ardientes homenajes.

“Señores, los egipcios acostumbraban colgar una lámpara encendida á los piés de los cadáveres de sus grandes personajes. Al descender á la profunda fosa en que los depositaban, la lámpara se extinguía en el aire de aquellos subterráneos:

“Dejemos que la Europa encienda á los piés de Maximiliano la débil lámpara del poder monárquico. Al trasladarlo á América, ese fuego se apagará en el aire de este nuevo mundo, incapaz de alimentar una combustion semejante.”

Este discurso fué escuchado con grande atencion y aplaudido con entusiasmo.

A poco Mr. Beekman se puso en pié y dijo:

“Señores:

“México ha tenido ilustres poetas de quienes yo no puedo hacer el elogio que merecen, pero cuya memoria deseo que honren vdes. recordando los nombres de algunos de ellos, como son: Alarcon, Heredia, Gorostiza, Carpio, Calderon y otros muchos. Desearia que nuestro ilustre y venerable amigo Mr. Bryant, como digno representante de los poetas de nuestro país, contestase este brándis.”

Acogido el brándis con aplauso, Mr. Bryant, despues de una alusion al honorífico modo con que se le suplicó que hablase, observó que habia materia de mayor importancia sobre la que deseaba decir unas cuantas palabras, y prosiguió de este modo:

“Los Estados-Unidos nos hemos declarado una especie de policía de este nuevo mundo. Una y otra vez hemos amonestado á los salteadores y ladrones nocturnos del mundo

viejo, que empuñan allí las riendas del mando, llamándose á sí mismos conquistadores; una y otra vez les hemos dicho, que si se atrevían á ejercer su infame profesion en este continente, no sería ignorando el riesgo á que se exponían. Mas he aquí que ahora, cuando esta policía se halla empeñada en un conflicto mortal con una banda de foragidos, llega de repente el frances, derriba á un inofensivo circunstante (bystander), le quita la bolsa y el reloj, lo despoja hasta de sus vestidos, lo hace todo su botin. Esta conducta del monarca frances es tan baja, tan cobarde, tan indigna de todo hombre (unmanly), como es criminal y cruel. No hay nadie por muy superficial que sea su instruccion en la historia política de nuestros tiempos, nadie que no conozca que eso no se hubiera ejecutado á no hallarse los Estados-Unidos empeñados en una guerra tan costosa como sangrienta dentro de sus propios límites.

“ Hay un dicho proverbial entre los abogados, y es, que si el comprador de un terreno no obtiene un título claro y sin disputa, solamente compra un pleito, paga su dinero por tener un litigio en los tribunales. Podemos decir de este Maximiliano de Austria, que al aceptar la corona de México de manos de Napoleon, no ha aceptado un imperio, sino un pleito, pleito presente con el pueblo de México, y pleito en perspectiva con el pueblo de los Estados-Unidos. El gobierno de un príncipe de la familia de Austria no será ménos odioso para los mexicanos que lo es el del monarca austriaco para los habitantes de Venecia. Su yugo será detestado porque es un yugo extraño colocado en sus cervices por extranjeros; será detestado porque es impuesto con la violencia; será detestado porque esa violencia fué acompañada del fraude; pues nunca hubo un engaño mas superficial y trasparente que el de la convencion de notables, de la cual ha

querido Napoleon derivar el dominio supremo sobre México.

“ Ahora bien, en cuanto á las relaciones de este nuevo emperador con los Estados-Unidos, ¿puede alguno suponer siquiera como posible que sean amistosas? ¿Puede alguno suponer que cuando nuestra guerra civil termine, como terminará en breve, la numerosa clase de personas á quienes ella ha inspirado el gusto por la vida militar y las aventuras, permanecerá quieta en sus hogares, cuando la causa de la libertad ó independencia de México está demandando su auxilio? Puede alguno dudar de que, sea cual fuere la política adoptada por nuestro gobierno; dejen de cruzar la frontera mexicana á millares, para pelear en favor del pueblo de aquella nacion? El partido de la libertad en México tendrá entónces sus auxiliares muy á mano, en una region contigua, mientras que los socorros que el déspota necesite para defender su dominio usurpado, estarán muy léjos, mas allá del Atlántico.

“ Sin embargo, no me admira el que Maximiliano codicie la posesion de un principado tan rico y poderoso como lo sería México, si pudiera llegar á gobernarlo en paz. Recuerdo que hace pocos años, yendo yo para Europa en uno de nuestros vapores, habia á bordo un pasajero á quien pusimos el nombre de “el Caballero de la Trisse Figura.” Era flaco y de color moreno, vestido de negro, con un sombrero de falda anchísima, largas facciones y el aspecto mas lúgubre y sombrío. Supe que era mexicano, y entré en conversacion con él. Describióme las ventajas y recursos naturales de su país, con mucho de esa elocuencia que yo considero un dote natural en la raza latina. Habló de sus montañas preñadas de vetas de metales útiles ó preciosos, sus vastas llanuras y tendidos valles de inagotable fertilidad, su varie-

dad de climas que proporciona en ciertas comarcas la temperatura de una primavera perpetua, con que se dán todas las producciones de la zona templada, mientras que en otros lugares, bajo los rayos de un sol abrasador, llegan los frutos tropicales á su madurez mas perfecta. Pero esas ricas minas no eran trabajadas, esas fértiles campiñas no sentian el arado, esas regiones con el clima del paraíso apenas estaban pobladas por una raza sin actividad, casi sin industria, que vivia casi en la miseria. Tan triste estado del país se debia, segun él, á la falta de un gobierno estable, inteligente y liberal, que manteniendo la paz y el órden, y asegurando á cada individuo sus derechos de hombre libre, dejase el campo abierto á todas las empresas útiles y honestas.

“Nosotros creíamos ver ya el principio de esa era de gobierno ilustrado en la administracion del Sr. Juarez. Esa aurora ha sido ofuscada por las nubes tempestuosas que un huracan de Europa ha amontonado. ¡Que esas tinieblas sean de corta duracion, y que disipando esas nubes el sol de la libertad, México, segura de su independéncia, ocupe el alto puesto que le corresponde en la familia de las naciones!”

Terminado este interesante discurso que, como los otros, fué reiteradamente interrumpido por prolongados aplausos, Mr. Beekman poniéndose en pié, dijo:

“Señores:

“Hay entre nosotros un distinguido abogado de la ciudad de México, cuya ciencia, probidad y patriotismo son reconocidos y apreciados en aquella capital, residencia de tantos hombres cultos y de tantos entendimientos privilegiados.

Este abogado es el Sr. D. Ignacio Mariscal, secretario de la legacion mexicana, y uno de nuestros convidados. Os propongo, señores, que brindemos á su salud y á la de sus compañeros los abogados mexicanos.”

El brándis precedente fué recibido por aclamacion y con grande entusiasmo. Despues de él habló el Sr. Mariscal en los términos que siguen:

“Señores:

“Nunca me ha sido mas penoso que ahora el no poder dominar vuestra expresiva lengua para desahogar libremente mis sentimientos. Sin embargo, no podré ménos de manifestaros en unas cuantas palabras, mi profunda gratitud por la bondadosa y espléndida manera con que estais cumplimentando al representante de mi patria, no ménos que por las entusiastas alusiones que habeis hecho y aplaudido en honor de nuestros principales patriotas y hombres distinguidos. Por último, señores, el brándis que acabais de dedicarme, y los términos demasiado benévolos con que fué propuesto, son cosas que no puedo agradecer bastantemente.

“Bien sabia yo que el sentimiento general en el pueblo de los Estados-Unidos es extremadamente favorable á México en su presente lucha para evitar la conquista. Mas cuando veo que ese sentimiento reboza en el corazon de ciudadanos tan ilustrados y prominentes como vosotros, señores, considero que no es una ciega simpatía, sino una conviccion verdadera, un íntimo reconocimiento de la justicia y el derecho, y una clara percepcion del peligro que amenaza á entrambas repúblicas. Esa unánime y razonada simpatía me inspira un gran consuelo: mientras ella subsista, parece-

me imposible que México llegue á ser avasallada por la fuerza brutal de un ejército europeo. Dia vendrá, y muy en breve, en que las simpatías de este gran pueblo ya no serán vistas con indiferencia por ningun poder sobre la tierra. Vosotros sabeis mejor que yo cuáles son las nubes que oscurecen vuestro horizonte político y nos roban la luz de ese brillante día. ¡Quiera el cielo que pronto se disipen! Lucirá entónces despejado el sol de América, alumbrando el fin de vuestros disturbios nacionales y de los terribles sufrimientos de mi patria.”

Estas palabras fueron muy aplaudidas y apoyadas con demostraciones de asentimiento.

El presidente dijo en seguida:

“Señores:

“Hemos brindado por el presidente de México, por los hombres de Estado, los poetas y los abogados de aquella república: ya es tiempo de que consagremos un brándis á los diplomáticos mexicanos. Entre ellos ha descollado un ilustre ciudadano, que ahora ocupa el puesto mas elevado en el ejército de su país. Su nombre como general y como diplomático es bien conocido en Europa: es el general D. José López Uruga, que en una época no remota representó á su patria en Berlin. Espero, pues, señores, que será bien acogido un brándis por el general Uruga, y suplico á nuestro distinguido amigo, que en otra ocasion ha representado á nuestro país en La Haya, se sirva contestar á nombre de los diplomáticos.”

Este brándis, lo mismo que los anteriores, fué muy bien recibido; todos los concurrentes tomaron parte en él; después de lo cual Mr. Folsom expresó sustancialmente las ideas que siguen, no siéndonos posible dar las mismas palabras por no haber conseguido apuntes del orador:

“ Señor:

“Invitado en este momento para hablar y sin preparacion de ninguna especie, difícil me será decir algo digno de mis oyentes. Sin embargo, aunque con desaliño y poco orden pronunciaré unas cuantas palabras, pues no puedo ménos de ceder á la invitacion de nuestro digno presidente Mr. Beekman, persona que merece todo mi aprecio por sus antecedentes, y que ha sido representante en el senado de Nueva-York, de nuestro influente y poderoso Estado.

“Siempre, señor, he sido aficionado á la hermosa lengua castellana, á esa lengua robusta y varonil, tierna é insinuante, que tan bien se presta á los arrebatos de la elocuencia, como á la expresion de los mas dulces sentimientos del amor. Su estudio ha ocupado una parte de mi vida, y declaro que me doy el parabien, pues difícilmente podia haber encontrado mas sabroso entretenimiento.

“Esta aficion á la lengua española no ha podido ménos de extenderse á los hombres generosos que la hablan, y con especialidad á los pueblos hispanoamericanos, entre los cuales ocupa México el primer lugar, por su extension, sus recursos, la hermosura de su clima, la fertilidad de su suelo, y sobre todo, por la circunstancia esencialísima de ser nuestro vecino y de haber adoptado desde su emancipacion institu-

no que es aun mas digno de nuestro aprecio y nuestros homenajes como hombre leal á su país, como verdadero patriota. A lo que ha dicho nuestro presidente, yo agregaré un hecho importante que debe llamar vuestra atencion. Cuando el general en jefe del ejército frances se persuadió, con el testimonio de los sentidos, de la habilidad y acierto del Dr. Navarro, no ménos que de la asistencia esmerada que habia consagrado á los heridos franceses, le hizo por varios conductos las mas ventajosas ofertas para que se alistase en el cuerpo médico del ejército expedicionario, fijando él mismo la retribucion y consideraciones que debiera disfrutar. Entonces, señores, el Dr. Navarro, como un verdadero hombre de mi profesion, como un hijo leal de Hipócrates, rechazó con energía aquellas seductoras ofertas. Yo no puedo ménos, señores, de recordar con este hecho el rasgo admirable de aquel grande hombre, el venerable padre de la medicina, cuando solicitado, rogado por el conquistador Alejandro para que le prestara sus servicios á cambio de inmensos tesoros que derramara á sus plantas, contestó con sublime abnegacion: "Mi talento, mi arte, mi existencia toda pertenecen á la Grecia, y nunca podré emplearlos en contra de mi patria."

"Tal fué, señores, la conducta del Dr. Navarro en circunstancias muy parecidas á las de Hipócrates. Tributémosle, pues, el homenaje que merece, y al hacerlo, no olvidemos que su patria se bate hoy, como la Grecia en otro tiempo, con un conquistador que en nada se apoya sino en la fuerza y la traicion para llevar adelante sus intentos ominosos. Esperemos, sin embargo, que los hijos de México, cada uno en el puesto que le corresponda, imiten el patriotismo y la lealtad incontrastable del Dr. Navarro. Así, no hay duda en que esa república, hermana nuestra, se salvará

de la crisis que hoy la atormenta, y animada por nuestras simpatías, se levantará á la altura que sus grandiosos elementos reclaman para ella."

Anunció luego el presidente que iba á tomar la palabra el Dr. Navarro, y este lo hizo en los términos siguientes:

"Señores:

"Siento en el alma que mi escaso conocimiento de vuestra hermosa lengua, no me permita expresar debidamente mis sentimientos. Experimento la mas viva satisfaccion al presenciar la ardiente simpatía hácia mi querida patria, manifestada por personas de tan alta posicion social y tan respetables por sus conocimientos científicos y literarios. No tengo palabras con que agradecer el brándis y bondadosas alusiones con que me habeis favorecido.

"México, en defensa de su independecia, está luchando hace mucho tiempo con uno de los monarcas mas poderosos de Europa, y luchará años y años, probando así la generosa condicion de sus hijos, y que es acreedora á esa simpatía de que participan con vosotros en toda la superficie del globo, todos los amigos de la justicia y del derecho.

"Recibid, señores, mis mas fervientes votos por la terminacion de vuestra guerra civil, de esa lucha sangrienta que ha conmovido á esta gran república y prestado á los tiranos europeos la audacia de hollar el continente americano, esta tierra sagrada, en que la libertad es la única señora, y en que los tronos solo son tristes recuerdos de tiempos que pasaron para no volver jamas.

"Día vendrá, y quizá no está muy distante, en que vea-

mos á vuestra república libre de toda intervencion extranjerá, y á vuestra gloriosa Union dichosamente restaurada, siendo como siempre, el asombro del mundo civilizado y el terror de los déspotas del antiguo continente.”

Celebrada con ruidosos aplausos está alocucion, Mr. Beekman dijo:

“Hay entre nuestros convidados, señores, un caballero que por haber hecho el comercio por algunos años en la ciudad de Filadelfia, lo consideraremos como el representante mexicano de esa profesion, inteligente y laborioso. Ese caballero es el Sr. D. Fernando de la Cuesta, oficial de la legacion de Mexico, que está aquí presente, y á quien espero tendremos el gusto de oír esta noche. Ruego á nuestro amigo el ex-corregidor de esta ciudad, que representa al comercio de Nueva-York, se sirva contestar á este brándis, despues de lo cual me prometo que nos favorecerá el Sr. de la Cuesta con una alocucion.”

Mr. Opdyke dijo:

“Señores:

“En nombre de los comerciantes de esta ciudad, á cuya asociacion me honro de pertenecer, y de la ciudad misma cuyo mandatario y representante tuve el honor de ser por el espacio de dos años, aunque ya no me sea permitido hablar oficialmente en nombre de ella, tengo el gusto de manifestaros mi profunda simpatía por la causa que defiende el pueblo de la república vecina contra la invasion europea.

“No ha podido ménos de llamarme muy fuertemente la

atencion lo que nos ha referido nuestro distinguido huésped que dijo Mr. Thiers en el cuerpo legislativo de Francia, sobre la manera en que á su juicio el archiduque Maximiliano seria recibido en esta ciudad.

“Tan léjos estaríamos nosotros de hacerle demostraciones de aprecio y simpatía, que, como vosotros lo sabeis y creo conveniente referir en esta ocasion, hemos hecho tales demostraciones precisamente á las potencias que son ménos amigas de la Francia. Cuando la escuadra rusa llegó á este puerto, la ciudad entera, segun recordaréis, la recibió con entusiasmo, y los miembros mas distinguidos de esta sociedad le dieron la bienvenida, y la agasajaron, como convenia hacerlo con los nobles marinos de una gran nacion, que tantas muestras de simpatía y consideracion nos ha dado en las circunstancias mas difíciles que nuestra patria ha atravesado, y que, léjos de querer sacar partido alguno de nuestras desgracias, desea magnánimamente su pronto término.

“Cuando posteriormente llegó á nuestro puerto una escuadra francesa, no faltó quien pretendiera que se le hicieran demostraciones semejantes á las que habiamos hecho á los rusos; yo, como magistrado de la ciudad, me opuse á que se hiciera tal cosa; y al obrar así, estoy seguro de ello y vosotros bien lo sabeis, solo fuí el intérprete fiel de la voluntad y los deseos de la ciudad que me honró con su confianza.

“Si durante el tiempo en que fuí corregidor (mayor), hubiera pasado por aquí el archiduque Maximiliano y hubiera habido alguno que pretendiese hacerle alguna demostracion pública de simpatía, yo no lo habira permitido; y creo que ningun ciudadano que tenga dignidad propia lo permitiré, si por accidente pensara Napoleon en mandarlo por aquí para probar los sentimientos del pueblo de los Estados-Uni-

dos respecto de la empresa que se pretende llevar á cabo en la república mexicana. El sentimiento de todas nuestras clases y todos nuestros partidos, es solo uno en esta materia, se ha repetido ahora con mucha justicia. El es, pues, enteramente hostil á cualquiera intervencion armada de Europa en este continente, con mas razon á la que pretende echar abajo una república para edificar una monarquía.

Terminados los aplausos que suscitó este discurso, el Sr. de la Cuesta dijo:

“Señores:

“Pareceria supérfluo y aun presuntuoso de mi parte añadir una palabra mas á lo que se ha dicho; sin embargo, no puedo abstenerme de expresar mis mas sinceros agradecimientos por la bella manera en que vdes. se han servido manifestar sus buenos deseos y ardiente simpatía por la tierra en que ví la luz primera. Correspondiendo á la calificación que de mí ha hecho el digno presidente de esta reunion, llamándome representante en ella del comercio mexicano, porque alguna vez me he dedicado á negocios mercantiles, propongo á vdes. el siguiente brándis:

“A la ciudad de Nueva-York, primera en ciencias, artes, comercio, riqueza, y á la verdad en todo en este país; primera tambien, debo añadir, en mostrarnos sus nobles simpatías por la sagrada causa de México. ¡Ojalá siga prosperando tan maravillosamente como hasta aquí, para que, ya que es hoy la metrópoli de este continente, llegue á ser la metrópoli del mundo entero!”

Fué acogido este brándis con estrepitosos aplausos.

Mr. Beekman:

“Ha habido, señores, en México, grande adelanto en las bellas artes. Prueba de ello ofrece la Academia de San Carlos, en donde se han formado pintores y escultores de un mérito indisputable. Prueba de ello son los cuadros de los pintores Cabrera, Cordero, Mata y otros varios, como tambien los admirables edificios construidos por arquitectos mexicanos como Tolsa, á quien la ciudad de México debe el Colegio de Minería. Brindemos por las bellas artes mexicanas y oigamos lo que sobre esto nos diga nuestro ilustrado amigo Mr. Sturges.”

Acogido el brándis con aplausos, Mr. Sturges dijo:

“Señor presidente:

“Me coge enteramente de sorpresa el que vd. me llame á responder su alusion á las bellas artes y arquitectura mexicanas. En cualquiera otra ocasion hablaria con mucho gusto sobre ese tema; ahora prefiero decir unas cuantas palabras para animar á nuestro distinguido huésped con una esperanza; la de que su noble país se liberte muy pronto de sus enemigos, tanto interiores como extrangeros. Luego que esto se verifique, veremos todo lo que es bello, noble y útil, brotar con nueva vida en ese glorioso país, que sin tardanza desenvolverá cuantos elementos ha querido Dios proporcionarle.

“Comprendemos, señor, lo que es tener á un tiempo ene-

migos extraños y domésticos, aunque felizmente no tengamos enemigos extranjeros en nuestro suelo.

"No es por amor que nos profese el enemigo de México, por lo que sus ejércitos no se hallan en Texas y en Luisiana. Es el miedo á su propio pueblo lo que lo está conteniendo. Tengo en mi apoyo las palabras de un caballero frances que sabe bien lo que dice en este punto. "No dude vd., señor, (me ha dicho) que el emperador se retirará de México tan pronto como pueda hacerlo conciliando su decoro personal; porque el pueblo frances está en su contra en lo relativo á la expedicion de México, como tambien lo está respecto á la intervencion en vuestros asuntos."

"No creo, señor, que el huésped á quien honramos haya dejado de advertir, que en el corazon de nuestro pueblo está tan arraigada la determinacion de que ningun gobierno extranjero se establezca en México, como lo está la de que prevalezca la Union de los Estados por que ahora combatimos.

"Que se arreglen nuestras dificultades, y no pasarán sesenta dias sin que nuestros ejércitos se hallen en México, si aquel pueblo lo desea para su auxilio. Mi ruego al Todopoderoso es que ese pueblo sostenga la lucha entretanto.

"Me adhiero de todo corazon al sentimiento tan felizmente expresado por mi honorable amigo Mr. Bancroft.

"Dejad que la lámpara austriaca arda en el sepulcro de Austria; no arderá jamas en la libre atmósfera de este continente."

A continuacion dijo Mr. Beekman:

"Señores:

"México ha tenido tambien sus gobernadores ilustres, que han hecho progresar los pueblos á quienes han regido y que son altamente dignos de nuestros homenajes. El actual presidente de la república, ántes de llegar á ese elevado puesto, fué gobernador del Estado de Oaxaca, y durante los ocho años que duró su administracion, hizo tanto bien, desarrolló de tal manera los recursos de aquel rico Estado, que logró ponerlo en primer término entre los varios que forman la confederacion mexicana. El general Doblado es otro modelo de gobernadores, cuya administracion benéfica, aun durante un período de terribles conmociones intestinas, hizo prosperar el Estado de Guanajuato, de una manera que ha sido el asombro de los demas Estados de México. Brindemos pues, señores, por los gobernadores de México, y esperemos de nuestro ilustre amigo que en otra ocasion fué gobernador de este Estado, que se sirva contestar á este brándis."

Recibido con general aceptacion el brándis precedente, lo contestó Mr. Washington Hunt en un largo discurso, que no intentariamos referir aquí fiándonos solo de nuestra memoria, por temor de no hacerle la debida justicia. Con objeto de que en la relacion que hacemos de los discursos, hubiera toda la exactitud posible, pidió el Sr. Romero á las personas que los pronunciaron, que le facilitaran un memorandum de lo que ellas mismas recordaran haber dicho. Mr. Hunt contestó á esa súplica en una carta que traducimos en seguida, y en la que se verá que aunque no dá las palabras mismas de su discurso, expresa muy netamente los puntos que en él comprendió.

La carta de Mr. Hunt dice así:

"HALBEMARLE HOTEL. NUEVA-YORK, Marzo 31 de 1864.

"Señor de mi aprecio:

"Con mucho gusto accedería á la súplica que me hace vd. en su esquila de ayer; pero como mis conceptos no tuvieron preparacion, ni de consiguiente órden alguno, en vez de procurar hacer un memorandum exacto, me limitaré á consignar dos puntos, que á mi juicio son de la mayor importancia en la materia:

"1º Intenté formular una protesta enérgica y enfática contra la invasion francesa en México y el audaz intento de derribar la república erigiendo sobre sus ruinas una monarquía, sostenida por fuerza extranjera, unida á una pequeña faccion de traidores del país.

"Denuncié ese intento como una ofensa desmedida á la libertad republicana y á la independencia de las naciones.

"2º Intenté expresar la opinion de que los Estados-Unidos no permitirán, por mas tiempo, la ocupacion armada de México por una potencia extraña.

"Nuestro conflicto doméstico terminará con el restablecimiento de la autoridad nacional en todos los Estados de la Union. Confío en que el logro de este resultado no se halla muy distante.

"Entonces el pueblo de este país manifestará su simpatía por el pueblo de México, con una cooperacion activa y eficaz, y si fuere necesario, se le unirá en una lucha resuelta

y valerosa, hasta que los mexicanos recobren su libertad é independencia nacional. Se aproxima el tiempo en que nuestro gobierno mantendrá y reivindicará su política bien conocida, de no consentir á ninguna potencia europea subyugar á un pueblo, ó destruir sus instituciones republicanas, en ningun punto de este continente.

"Quedo con el mayor respeto obediente servidor de vd.

"WASHINGTON HUNT.

"Honorable Matías Romero, &c., &c."

Entonces Mr. Beekman dijo:

"Señores:

"Sabréis que no han faltado en México historiadores de un mérito reconocido: los nombres de *Mora*, *Zavala* y *Bustamante* deben ser familiares para algunos de vosotros. Brindemos, pues, por los historiadores de México, y con este motivo esperemos que diga algunas palabras nuestro ilustre amigo el presidente de la "Sociedad Histórica de Nueva-York."

Mr. de Peyster.

"Cedo á la indicacion de vd., señor presidente, con el único carácter con que asisto á esta reunion, el de un individuo privado. He venido para manifestar con mi presencia mi simpatía por una república hermana, destrozada por la guerra civil, y que ha recibido un golpe en su nacionalidad de as mismas manos que, en vez de abrir, debieran curar sus heridas. La triste realidad de los sucesos de mi país trae á